



## LIBRO PRIMERO

El Beato Vianney en el seno de su familia.

DESDE SU NACIMIENTO  
HASTA QUE FUÉ NOMBRADO PÁRROCO DE ARS  
(1786-1818)

### CAPÍTULO PRIMERO

**Nacimiento de Juan María Vianney. — Su infancia.**

**M**ATEO Vianney y María Beluse, padres del humilde sacerdote cuya vida escribimos, eran dos justos en la presencia de Dios, que, como Zacarías é Isabel, cumplían con fidelidad é irreprehensiblemente los mandamientos y leyes del Señor. (Luc., 1, 6.) Por eso habían recibido la bendición de los Patriarcas, y en el espacio de diez años el Cielo les había concedido seis hijos (1).

---

(1) De este venturoso matrimonio nacieron Catalina, Juana María, Francisco, Juan Bautista María, cuya vida escribimos, y es el segundo de los varones; Margarita y Francisco, el menor



Mientras María Beluse llevaba en su seno el segundo de sus hijos, le ofreció muchas veces á Dios, y le suplicaba á la vez se dignase destinarle al servicio de sus altares.

Como una consecuencia de esos deseos maternales, cuando se bautizó el niño, que fué el mismo día de su nacimiento, 8 de Mayo de 1786, recibió el doble nombre de Juan Bautista María.

María Beluse se había impuesto el deber de lactar á sus hijos, porque no quería que corriese por sus venas más sangre que la suya. Juan María no debía ser excluido de este beneficio; pero al mismo tiempo que su cristiana madre suministraba de su pecho el alimento que fortifica el cuerpo, sacaba de su corazón la leche espiritual que conserva en toda su gracia y frescura la inocencia del alma.

Un día en que el venerable Párroco de Ars nos entretenía agradablemente con los recuerdos de su infancia, le decíamos: «Señor cura, habéis sido muy feliz por haber sentido en tan tierna edad el atractivo y gusto de la oración. — Después de Dios, nos respondió, es la obra de mi madre: ¡era tan discreta, tan prudente, tan sabia! — Juan María, hijo mío, me decía muchas veces: si te viese ofender á Dios, eso me causaría mayor pena que si lo hiciese cualquiera otro de mis hijos. — La virtud, añadía él, pasa del corazón de las madres al corazón de sus hijos, los cuales hacen voluntariamente, y con gusto, lo que les ven hacer.»

---

Se refiere que, estando Catalina en su lecho de muerte, vió un ángel en forma de niño junto á su hermano Juan María, que la auxiliaba, aunque no era aún sacerdote.

Recordamos haberle oído en otras ocasiones «que no sabia cómo puede un hijo pensar en su madre sin llorar.»

A la edad de tres años ya buscaba Juan María la soledad, adonde le llevaba el amor á la oración; en su tierno corazón se veía la presencia íntima del Espíritu Santo. Apenas sabia hablar, y ya quería tener parte en todos los ejercicios de piedad que se practicaban á su lado. En el momento en que oía sonar la campana del *Angelus*, ya fuese á medio día ó á la noche, él daba el ejemplo á toda la casa, arrodillándose el primero para rezar el *Ave Maria* con una gravedad impropia de sus pocos años. Había en la casa paterna algunos sitios retirados, y en ellos se ocultaba con frecuencia; cuando se le buscaba, se le hallaba santamente entretenido en recitar las pocas oraciones que sabia.

El primer regalo que recibió de su madre fué una efigie de madera de la Santísima Virgen; mas ya, para la religiosa índole de aquel niño, su pequeña efigie no era tanto un juguete como el objeto de un culto y de una piadosa veneración. La más grata de sus distracciones, el remedio seguro á sus lágrimas, era la virgencita de madera. «¡Oh! exclamaba el venerable Párroco, después de sesenta años: ¡cómo amaba yo aquella imagencita de la Virgen! No podía separarme de ella, ni de día ni de noche, y de seguro no durmiera tranquilo, sin tenerla á mi lado en mi camita.»

Era muy raro que llorase en aquella edad impresionable y tierna en que tan fácilmente lloran los niños; pero cuando alguna vez sucedía, había un medio infalible para hacerle callar, y era ponerle en la



mano un rosario ó una medalla, no como un juguete para distraerle, sino como un objeto santo, al que sabía darle su valor. Entre los sentimientos piadosos que brotaban espontáneamente de su corazón, y que la mano maternal cuidaba de cultivar, ocupaba el primer puesto la devoción á la Santísima Virgen; devoción que iba en aumento todos los días, y echaba hondas raíces en su alma.

Le decía cierto día uno de sus auxiliares: «Señor cura, ¿hace mucho tiempo que amáis á la Santísima Virgen?—La he amado siempre, respondió, aun antes de conocerla; es la más vieja de mis aficiones. Siendo muy niño, tenía un rosario muy bonito, y se le antojó á mi hermana; esto fué ocasión de uno de mis primeros enfados. Fuí á consultar á mi madre, y me aconsejó que se lo diese por el amor de Dios; obedecí, pero ese sacrificio me costó muchas lágrimas.»

La edad fortificaba en él todos esos buenos sentimientos, pudiendo decirse que la oración era su entretenimiento más grato, aun antes que pudiese considerarla como el primero de sus deberes. La oración era la que reemplazaba en sus labios tantas palabras inconvenientes, con las que es muy difícil que un niño del pueblo no se familiarice. Mas el niño Vianney jamás conoció ese grosero lenguaje: nada entraba por sus ojos y oídos que no fuese una semilla de virtud. Si se separaba de las rodillas de su madre era para ir á arrodillarse ante su querida imagen de la Virgen, en un rincón retirado de la casa; y en esos momentos era cuando la oración salía de su corazón con fervor tan celestial, que sorprendía á sus padres con alegría y admiración.

Á la edad de cuatro años desapareció un día, sin

poderse saber dónde se hallaba. Temiendo su madre una desgracia, le buscó mucho tiempo con afanosa solicitud y con una inquietud que iba en aumento, hasta que por fin le halló arrodillado en un rincón del establo, orando con fervor. Al verle en aquella santa ocupación, disimuló su alegría y admiración para manifestar únicamente la pena que le había causado su ausencia, diciéndole en tono de reprensión: «¿Por qué, hijo mío, te has ocultado aquí, causándome tanta inquietud con tu ausencia? Para hacer oración ¿tenías, por ventura, necesidad de ocultarte lejos de mí?» Sintiendo el niño la pena y aflicción que había causado á su madre, se arrojó en sus brazos diciéndole: «¡Mamá, perdóname! Yo no he querido causarte pena; ¡no volveré á obrar así!» Y repetía las últimas palabras con una humildad profunda, impropia de su tierna edad.

En otra ocasión, un vecino, que no era en verdad de los más devotos, dijo al Sr. Vianney padre: «Creo que tu morenito me tiene por el diablo, pues se deshace haciendo signos de cruz en mi presencia.» Temiendo su madre que el niño, aun siendo tan pequeño, se singularizase llamando la atención, le hizo algunas advertencias, que oyó con docilidad suma, diciendo: «No sabía que nuestro vecino me miraba; pero, mamá, al comenzar la oración y al concluirla, ¿no debemos hacer la señal de la cruz?»

Se ha dicho del joven Tobías que desde su más tierna edad se notó en él que no tenía ninguno de los gustos de su edad; que amaba la soledad, huyendo del ruido, de las diversiones, y que no conocía más camino que el del templo, adonde iba con frecuencia á ofrecer al Señor las primicias de su corazón y las



de sus campos (Tobías, I, 4, 5, 6). Una cosa parecida fué la infancia del Beato Párroco de Ars. ¡Con qué piedad tan angélica, con qué recogimiento tan superior á su edad, cual otro Samuel, asistía al divino Sacrificio! Lejos de hacerse rogar, como todos los niños, para cumplir ese piadoso deber, era el primero que solicitaba tal favor de sus cristianos padres. Por esto, notando los vecinos su devoción, y que sabía ya las Letanias en edad tan tierna, les decían: «Vuestro hijo tiene que ser Sacerdote.»

Lo cierto es que la fe de sus buenos padres, su respeto y veneración á las cosas santas, y su afecto á las prácticas devotas con que se alimentaba su piedad, le iniciaban, casi sin notarlo, en la vida del verdadero cristiano. ¡Cuántas veces le hemos visto dar gracias al Señor por haber podido, casi sin esfuerzo, y por sólo el ejemplo continuo de sus padres, contraer los felices hábitos de la inocencia, y formarse naturalmente en la virtud!

Sin embargo, se aproximaba el tiempo en que iban á ser turbadas esas santas alegrías. Llegó un día en que se cerró la iglesia de Dardilly, cesó la campana de llamar al pueblo fiel á la oración y á los oficios del domingo; y cuando el niño preguntó á su madre por qué no le dejaba ir á Misa, la pobre mujer se contentó con enjugar sus lágrimas y poner la mano sobre su corazón para hacerle comprender que, en lo sucesivo, ese era el único templo donde sería permitido adorar á Dios.

En efecto; la revolución acababa de cerrar las iglesias, de arrojar por el suelo los altares, de proscribir á los sacerdotes y de prohibir, en nombre de una libertad de nueva especie, toda manifestación de

fe cristiana. Nuestro querido niño apenas tenía entonces ocho años; pero ya era demasiado tarde para arrancar de su alma un sentimiento que había entrado en ella con la vida. En la misma proporción que veía caer todas las cosas que sus buenos padres le habían enseñado á amar y respetar, él las levantaba en el oratorio secreto de su corazón.







## CAPITULO II

**Juan María, pastor.—Su amor á Dios y á los pobres.**

**H**ABÍA ya Juan María llegado á la edad en que, como todos, debía comenzar á pagar su deuda al trabajo; y esa época llega bien temprano para los que viven en la campiña, pues el niño es pastor á los siete años. Mateo Vianney tenía en su establo cuatro ó cinco vacas, un asno y tres ovejas: el hermano primogénito las había guardado; tocaba ahora á Juan María llevarlas á pacer en el pequeño cercado.

Parece que en todos los tiempos ha tenido Dios ternuras y preferencias reservadas para la vida pastoril. Abel era pastor, y de entre los rebaños fué á buscar el Profeta al vencedor de Goliath y ascendiente del Mesías. A los pastores anunciaron los Ángeles el nacimiento del Salvador, y ellos fueron llamados á adorar al recién nacido de Belén, antes que los Reyes.

Esta adopción de los pastores por Aquel que se llama el *Buen Pastor*, viene observándose sin interrupción en la serie de los siglos cristianos. Para muchos predestinados, como San Vicente de Paul y San Félix

de Cantalicio, la vida pastoril ha sido el noviciado de la vida interior, y el vestíbulo de la santidad; mas para nuestro Juan María fué un reposo y un favor, una fuente de luces y de bendiciones. El gran Dios que se oculta á los soberbios y se complace en revelarse á los humildes, se hacía oír á su corazón por las bellezas de la naturaleza, en medio de las que vivía, contemplándolas con las puras é inteligentes miradas de la inocencia. En esa dulce y tranquila vida de los campos, tan favorable á la contemplación, halló su piedad, no sólo un alimento puro cotidiano, sino que dió en ella ejemplos edificantes y se ensayó en las santas funciones de pastor de las almas, que debía desempeñar un día con tanta brillantez y fama.

A cierta distancia de Dardilly hay un vallecito delicioso, lleno de sombra y de frescura; es un verdadero jardín, una especie de santuario que excita y llama á la oración y contemplación. Una ó dos fuentes que nacen en él bajo los zarzales y el musgo, forman un arroyo que se oculta á la sombra de los alisos y álamos. Háilanse allí bellezas de soledad, de naturaleza y de silencio indescriptibles; sin hablar de las que no se ven, y son mucho mejores para sentirse que para dar de ellas una idea exacta. En medio de los accidentes más variados del terreno se hallan en cada lado, colocados en orden, aquí espesos avellanares, allí abundantes pastos, bosques de hojaranzos y encinas; y, un poco más lejos, campos abiertos donde el sol madura el maíz y el fruto de la viña. El delicioso valle que acabamos de describir se llama *Canta Mirlo*, del nombre de las aves que allí van á cantar y beber. Allí estaban los principales pastos de



Vianney: sobre el arroyo había un hermoso prado, en la falda de la colina ricas mieses, y coronando las alturas bellos matorrales y árboles, que el descuajo ha hecho desaparecer en el día. He ahí el campo adonde Juan María llevaba con más frecuencia su asno y sus tres ovejas.

¿Veis al pastorcito que lleva palo ó báculo en una mano, mientras con la otra estrecha contra su pecho la pequeña efigie de la Virgen, que no olvida jamás? Seguidle, atravesando las malezas, á orilla del arroyo y á la sombra de los abetos. Los otros pastores, sus compañeros, le saludan de lejos y celebran su llegada con ruidosas aclamaciones, rodeándole de una simpatía respetuosa: porque su bondad, su dulzura y su complacencia le han ganado todos los corazones de tal modo, que su ausencia causa disgusto é impaciencia general en sus compañeros. Mas él, en medio de tan ingenuos testimonios de afecto, se ocupa en pensamientos más graves. Al lado de un viejo sauce, que existe aún, ve un pequeño cerro, y corre á colocar en él religiosamente su amada Virgen, sobre un altar de césped; y luego, después de haberla ofrecido el primero sus homenajes, invita á toda la banda de pastores á seguir su ejemplo.

Cuando contemplaba á sus compañeros arrodillados alrededor de la venerada imagen, lo que sentía en el fondo de su corazón no era sólo la alegría de un niño; era un verdadero entusiasmo que se apoderaba de todo su ser; era una centella de fuego misterioso, de la cual debía ser foco inextinguible el alma del Sacerdote, y comenzaba á encenderse ya en el alma ingenua del niño. Después de rezar la Salutación Angélica con un fervor comunicativo, se levantaba gra-

vemente, y se ponía á predicar ante su gente la devoción á la Santísima Virgen, en un lenguaje inspirado por el amor y la más expresiva ternura.

Una cosa parecida había hecho también á su edad San Bernardino de Sena. «Tenía placer—dice el escritor de su vida—en imitar á los predicadores que había oído; remedaba su voz y su acción, refiriendo todos los discursos que habían predicado. Para este efecto se ponía en un sitio elegido, y los demás niños se sentaban alrededor de él, mientras les predicaba. Así se ensayaba en tan tierna edad para el ministerio á que Dios le destinaba, y en el que tanto debía brillar.» (Rivadeneira: *Vida de San Bernardino de Sena*, 20 de Mayo.)

Representaos un enjambre de niños, sentados á la orilla de un campo de mieses ó en el claro de una floresta, todos suspendidos de los labios del nuevo niño Bernardino. Se han olvidado de sus juegos, se han despojado de la travesura y ligereza natural á su edad; están allí en compuesta actitud de atención y de respeto. y apenas se atreven á respirar, temiendo se turbe la santa y sencilla inspiración que les encanta.

Sin embargo, alguna vez no se guardaba la misma religiosa compostura. El joven predicador no siempre estaba satisfecho de las disposiciones de su auditorio. Muchas veces les vencía el amor del juego, y, con ligereza perdonable, abandonaban el sermón para entregarse á ejercicios menos tranquilos. No sin pena se veía Juan María obligado, como su patrono, á hacer oír su voz en el desierto; mas, para consolarse, se retiraba á un lugar solitario, colocaba su amada imagen de la Virgen en el hueco de un árbol, se arrodillaba á sus pies y pasaba largas horas en oración.



Para hacerlo con más recogimiento y libertad de espíritu, confiaba muchas veces la custodia de su rebañito al más juicioso de sus compañeros, á quien prometía hacer el mismo servicio en otra ocasión. Dado este paso, buscaba el sitio más retirado del valle, se ocultaba en las espesuras para ponerse al abrigo de toda sorpresa y satisfacer á gusto su amor á la oración y contemplación.

Hemos visitado con piadosa curiosidad y religioso respeto los mismos sitios que fueron el teatro de la infancia de nuestro Santo; y hemos tenido el grato placer de recorrer los senderos que tantas veces ha hollado el pie del joven pastor, diciendo:

«¡He aquí, oh Dios de los pequeños, de los humildes y de los débiles; he aquí el ignorado rincón de la tierra donde ese niño vivía solo con Vos: he ahí las malezas que le servían de templo para dirigiros su oración, y en las que os habéis dignado formar bien temprano ese sacerdote, ese apóstol, ese hombre de Dios! ¡He ahí dónde le educabais para Vos, en medio de los desastres de aquella sangrienta época, de aquella doble corriente de anarquía y de impiedad que inundaba á Francia y la cubría de ruinas! ¡He ahí, oh Dios mío, dónde le preparabais lentamente para que llegase á ser una de las glorias de vuestra Iglesia! Cuando dejaba la oración para volver á su rebañito, salía de vuestra presencia sin alejarse de ella, llevando en su corazón vuestro espíritu de pobreza, de humildad, de dulzura, y todos aquellos gérmenes que hemos visto desenvolverse más tarde y formar su santidad.» Y nos parecía que de todos los objetos que nos rodeaban, salía como una exhalación de pureza y de amor que embalsamaba la atmósfera.

Tenía el pastorcito siete años cuando un día, acompañado de María Vicenta, vecina suya y de la misma edad que él, llevaba un asno cargado de trigo al molino de San Didier. Hacía mucho calor, y los dos niños se detuvieron en un camino profundo para descansar un poco á la sombra. Hizose entonces más íntima su inocente conversación, y Juan María dijo á su compañera de viaje: «Yo creo que nosotros dos »habíamos de entendernos bien. —Sí, dijo María á su »vez: si nuestros padres quisieran, nos casaríamos. »—¡Oh, no, no! replicó vivamente Juan María, no: no »hablemos de eso, no me hables de eso jamás.»

¿Había oído ya ese inocente niño la voz del Espíritu Santo revelando las alegrías del sacrificio y las glorias de la virginidad, haciéndole ver y sentir la nada y el vacío de las cosas de la tierra, comparadas con los bienes de la eternidad? Sólo Dios lo sabe: lo cierto es que, desde esa edad tan tierna, todos sus pensamientos, todas sus emociones y afectos parecían estar concentrados en el deseo de servir á Dios y de unirse íntimamente á Él solo.

Lo que amaba con más pasión, después de Dios, eran los pobres. Estos dos amores se dan la mano, y ordinariamente no se hallan el uno sin el otro; porque ¿cómo es posible amar verdaderamente á Dios sin amar á los hombres, á quien Dios tanto ha amado y ama con eterno amor? La inmensa caridad que debía identificarse más tarde con su misma vida, inflamaba ya su tierno corazón de niño.

Ya hemos visto que la casa Vianney era el asilo siempre abierto á todos los desgraciados; todos los pobres de la comarca se reunían allí al anochecer,



juntándose en ocasiones veinte á la vez. En la estación del frío, Mateo Vianney tenía gran cuidado de mandar encender una buena porción de leña en medio de la cocina para que se calentasen; luego se les servía en el mismo hogar una marmita grande de patatas, que los niños comían también con los pobres, sentados á la misma mesa. Después de la cena se hacía la oración en común, y el jefe de la familia se encargaba de colocar á sus huéspedes en el henil ó en cualquier otro sitio de la casa, cuidando él mismo de que estuviesen bien abrigados y que nada les faltase. Mientras tanto, el ama de la casa barría el hogar de la cocina y hacía desaparecer los vestigios, demasiado visibles, de la miseria de los convidados que el Señor les había enviado.

Entre esos pobres de Cristo vino un día á sentarse el mendigo Benito José Labre, y la memoria de la hospitalidad que le dió la familia Vianney se conserva en el país; no habiendo un solo habitante en Dardilly que no haya oído hablar de ese hecho, que tanto honra á los Vianney. El Párroco de Ars, durante su infancia, ha gozado de ese grato recuerdo, que él mismo refería con placer en su Catecismo. Para Juan María no había mayor alegría que secundar á sus padres en el ejercicio de esa santa y noble hospitalidad. Su ocupación más grata era llevar á casa todos los mendigos que hallaba al paso, reuniendo una vez hasta veinticuatro.

A la vista de esos desgraciados, entre los cuales algunos llevaban, asociados á su desnudez y miseria, niños y niñas de su edad y más jóvenes aún, su corazón se enternecía; y todo cuanto pudiéramos decir es poco para dar una idea de su industriosa actividad,

á fin de ocurrir á las necesidades más apremiantes de la pobre colonia. Tenía un placer especial en reunir lo sobrante de la mesa paterna, y distribuirlo á sus amados huéspedes, con lo que reservaba de su propio alimento. Pasaba en seguida revista de sus vestidos, y, conociendo la tierna compasión de su madre, la pedía un pantalón para uno, una camisa para otro, un vestido para éste y unos zapatos para aquél. Después de la limosna de la mano, no olvidaba la del corazón; jamás daba la una sin la otra, sirviéndole aquélla de vehículo para ésta.

Cuando se entendía con niños de su edad, les enseñaba el *Pater noster* y el *Ave María*, los actos de Fe, Esperanza y Caridad, y las principales verdades de la Religión. Les decía que era necesario ser muy cristianos, amar á Dios, no quejarse de su suerte y soportar con paciencia los rigores de la pobreza, teniendo la vista fija en la vida que no termina jamás. Aunque con discreción y prudencia sólo se dirigía á los pequeños, le escuchaban los grandes con un interés que demostraba reconocimiento y admiración á la vez. Al despedirse los pobres, todos le bendecían; mas como la caridad no provenía en él del deseo de merecer elogios ó una gratitud puramente humana, sino de una inspiración toda celestial, se ocultaba inmediatamente para alejarse del concierto de alabanzas que le mortificaba.

He ahí lo que fué en su infancia ese justo, á quien el Señor reservaba un destino puro y brillante á sus ojos. Preparábase por medio de todas esas gracias, verdadero rocío de la mañana, que Dios concede muchas veces á su criatura, para que supiese resistir más tarde al peso y al calor del día.